

Escribe Alex Trier (*)
Igor Saavedra, "Mr. Física"
 "Ahora Igor Saavedra está ahí con sus premios, y se ve igual, listo para la pelea. Es la pelea contra la falta de valentía para pensar, la falta de consecuencia para actuar".

EL otro día dieron el Premio Nacional de Ciencia a Igor Saavedra.
 Para quienes lo conocemos, no fue sorpresa. Tampoco, creo yo, para la opinión pública. Igor Saavedra es "Mr. Física".

El mismo debe haber sido de los más sorprendidos.
 A Igor Saavedra ya lo identifica todo el mundo. Y, sin embargo, ante esta nueva distinción, hay una justificada curiosidad. ¿Cómo fue, cómo pasó todo?

Por allá por el "cuarentitantos" la Escuela de Ingeniería se columpiaba en las hilachas del siglo diecinueve. En el mapa de Chile las ciencias exactas no tenían relieve. En medio del desierto, algunos eremitas heroicos sembraban la semilla.
 Nos acotó la Escuela de Ingeniería con apariencia dura, fría, hostil. (No lo era. Como iba serlo, si estaban Domingo Almendras, Luciano Claudio, Santiago Astrain, Carlos Croxatto). Hicimos de esa Escuela nuestra casa (ella se dejó). Nos sumergimos en esos milenarios problemas de geometría, esos dibujos interminables de extraños objetos robados (se presume) a las tumbas de antiguas civilizaciones. Había también la mosca acróbata sobre el cilindro que rodaba sin deslizar...

Desafíos imposibles pero preferidos. Era fácil embriagarse con todo ello. Pero hubo uno que no se confundió, que intuyó los verdaderos desafíos. Ese fue Igor Saavedra.
 Hubo otros antes. El país no estaba preparado para ellos. Gente brillante pasó por esa Escuela de Ingeniería, que hizo brillante carrera, que hizo brillar el nombre de Chile. Pero tal vez pudieron haber sido aún más.

Lo que se sabía entonces de la ciencia no era mucho. Para empezar, era la ciencia de anteaer, en los libros de anteaer. Sí, la ciencia estaba en los libros, los libros que escribían otros. La ciencia era algo que otros hacían, misteriosa y lejana, y que para siempre nos rehuía.
 Era un país apocada de gente apocada, donde las cosas no se hacían porque no se habían hecho nunca,

porqué no se usaba hacerlas, porque no éramos capaces...
 Porque no.

HABIA por ahí más de alguno dormido sobre sus laureles, roncando no. Y había muchos, sin laurel alguno, diciendo no.
 Igor vio las vacas sagradas. Y para asombro y espanto de todos los hindúes cargó contra ellas. Con esa férrea voluntad y esa reconcentrada energía de resortes comprimido que algunos han conocido para mal de sus pecados.
 Igor le quitó el filo a esa pregunta de somos o no somos y su respuesta fue: claro que somos. Casi se mató para probarlo.
 Igor abrió una puerta. Después pasaron otros, y tenemos ahora un pequeño grupo de jóvenes hombres y mujeres de ciencia, y algunos han hecho cosas notables. Por la puerta que abrió Igor.
 Ahora está ahí con sus premios, y se ve igual, listo para la pelea. Es la pelea contra la falta de valentía para pensar, la falta de consecuencia para actuar. Es la pelea contra la cobardía del expediente fácil, contra la comodidad de las claudicaciones. Esa es la pelea, y las peleas son para darlas (y si no, ¡pregúntele a él!).
 En esa pelea vamos bien. Tenemos al mejor capitán.

(*) Decano de Ciencias de la Universidad de Santiago.

710 962

El amor a olvidar de Mauricio Barrientos [artículo] Bernardo Chandía Fica.

Libros y documentos

AUTORÍA

Chandía Fica, Bernardo, 1965-2001

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El amor a olvidar de Mauricio Barrientos [artículo] Bernardo Chandía Fica.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile